

PRÓLOGO

Quince años han pasado desde la primera edición. Y no puedo asegurar que las luces de ahora sean más claras que las antiguas. El pensamiento es vida que nace y crece, pero también que se corrompe y muere. Las nuevas ideas aportan la frescura de la novedad pero no traen consigo ninguna garantía de lucidez frente a las ideas antiguas. Las verdades simples del niño a veces son más verdaderas que las profundas sentencias del anciano. La reiterada reflexión sobre una cuestión puede ablandar —y disolver— la dureza de las primeras preguntas. El pensamiento tiene un lado trágico que no es fácilmente soportable.

Escribir una nueva introducción a *Diferencia y libertad* exige estas consideraciones previas. Porque las precisiones de ahora sobre lo escrito hace años no suponen ningún aval de progreso hacia la verdad. Eso sí, las indicaciones de ahora aportan más reflexión.

Dejaré de lado todo lo que hoy me parece excesivo, equivocado o inexacto de aquellas páginas. Y me centraré exclusivamente en algunas ideas que han soportado con solvencia los vaivenes de las críticas a lo largo de los años. Por diversas circunstancias no fue un libro especialmente difundido ni leído, y su recepción fue minoritaria y contradictoria. Por eso, las principales críticas que han soportado sus páginas han sido las mías. Y sin exageración, creo que todo lo que he escrito desde entonces (mejor o peor) ha sido una revisión crítica de *Diferencia y libertad*.

Pues bien, releído ahora ¿de qué trata aquel libro? Del análisis de los primeros principios. Esta búsqueda parece antigua y sin duda lo es. Ya Aristóteles concebía el saber como conocimiento de los principios y las

causas. Afirmaba que saber algo científicamente exige decir por qué es, exige explicar la razón por la que es así y no de otra manera. Sostenía que la ciencia exige no sólo decir que algo es o cómo es, sino además explicar por qué es. Pero al plantear así la cuestión, la misma noción de «principio» quedaba consagrada como la noción primera por antonomasia. Pues si saber es conocer los principios, entonces el saber verdadero queda circunscrito al horizonte de los principios.

Las nociones de «principio», «causa», «razón», u otras nociones similares no gozan ya del predicamento que tuvieron en Aristóteles, y en general en toda la filosofía griega y moderna. Hume y Kant revelaron la inconsistencia de determinadas formas de entender la causalidad. Y sin embargo ellos mismos no dejaron de buscar los principios del conocimiento o la moralidad. Y es que resulta difícil prescindir enteramente de estas nociones porque cualquier explicación —llámese filosofía, ciencia o charla de café— es una indagación sobre las razones de algo. Desde los primeros años de vida seguimos preguntándonos por qué, tengamos o no respuestas. Explicar por qué pasa lo que pasa sigue siendo la actividad normal no sólo de cualquier científico sino en general de cualquier persona.

Resulta así que la búsqueda de porqués no es una antigualla ni mucho menos patrimonio de una determinada corriente filosófica. Es una de las actividades más comunes —y singulares— del pensamiento humano. Necesitamos porqués y si no los encontramos, nos los inventamos. Y si ni siquiera podemos inventarlos, conjuramos la pregunta del modo que sea, hasta someterla y desactivarla.

No obstante, la filosofía, a lo largo de los siglos, no ha cesado de proponer enfoques alternativos en los que las nociones de «principio», «causa» o «razón» abandonaran el lugar privilegiado al que los griegos las habían encumbrado. En el siglo XX uno de los pensadores que más empeño puso en esta tarea de deconstrucción fue Heidegger, con su insistencia en la falta de fundamento del fundamento.

Diferencia y libertad arranca de estas cuestiones. Y antepone la noción de «diferencia» a la noción de «principio». Probablemente ésta es la tesis central de todo el libro. Pensar es ante todo decir las diferencias, y sólo secundariamente decir los principios. ¿Qué significa decir los principios? Significa decir la diferencia entre el principio y lo principiado. Pero hay otras diferencias además de ésta. Decir las diferencias incluye la explicación de los principios pero no se reduce a ella. La noción de diferencia ofrece un valor heurístico mayor que la noción de principio.

Una de las más graves insuficiencias de la noción de «principio» es que exige culminar en un único primer principio, si se pretende alcanzar una

explicación última de la realidad. Pues si el saber se ordena según principios y principiaados, cualquier diferencia habría de subsumirse en la diferencia principio-principiado. Pero entonces, dadas dos realidades primeras, una habrá de ser principio y la otra principiado. Sólo cabe una única primera causa, si pensar significa decir las causas.

Interpretar el pensar como explicación por causas supone automáticamente el monismo: la unicidad de la causa primera. Y simultáneamente, la renuncia a seguir pensando esa primera causa. Pues si hay una primera y única razón por la que existen todas las cosas, entonces nada se puede decir de esa primera causa, porque implicaría introducir nuevamente la distinción principio-principiado dentro de esa supuesta única primera causa.

No se trata de rechazar la explicación causal. Equivaldría a tirar por tierra la práctica totalidad de la ciencia. Se trata más bien de subir un escalón más allá de la explicación causal.

Ha habido una propuesta que ha seducido —y seduce— a muchos: si el fundamento no tiene fundamento, si el principio no tiene principio, si no hay un porqué que dé razón del porqué, entonces en ese punto hay que abandonar el pensamiento racional. Una vez que hemos llegado ahí, parece que no queda más que retirar la escalera: la suspensión del juicio, la mística, o en general las creencias (personales y colectivas) y las tradiciones culturales. Pero ya no la razón ni el pensamiento. Una vez concluido el ascenso racional al primer principio —llámese Materia, Dios o como se le quiera nombrar—, ya no se podría decir racionalmente nada más sobre ese primer principio. En todo caso, sólo cabría sustituir el nombre de ese primer principio por otro que se demostrara causalmente anterior.

En *Diferencia y libertad* se argumenta en contra de ese modo de concebir el pensar. Pensar no es decir las causas ni los principios. Pensar es decir las diferencias, incluidas las diferencias entre principios y principiaados.

¿Y por qué ese énfasis en las diferencias? ¿Por qué esa confianza en el valor heurístico de la diferencia? ¿Por qué atribuir a la noción de diferencia un mayor alcance teórico que a la noción de principio? Me ceñiré aquí a un único argumento: las diferencias son primeras porque todo saber comienza con diferencias y termina con diferencias. Lo que ha cambiado desde el inicio del conocer hasta el término del saber son precisamente las diferencias. Las diferencias que constituyen una doctrina científica —digamos por ejemplo sobre el hierro— no son las mismas diferencias que las que descubrimos en nuestra niñez cuando nos dijeron «esto es hierro». Las diferencias son muchas y lo que distingue un saber incipiente de un saber maduro es justamente esa diversidad de las diferencias.

Las diferencias iniciales no se sustituyen sin más por otras diferencias más precisas o más científicas. Más bien las diferencias iniciales quedan absorbidas en la nueva consideración. El saber infantil sobre el hierro se subsume en el saber científico sobre el hierro. Las apariencias siguen siendo apariencias, con sus propias diferencias aparentes. Y las explicaciones científicas tienen asimismo sus propias diferencias científicas. Pero las diferencias científicas sobre el hierro se refieren justamente a esa apariencia diferenciada de hierro. La verdad se define como verdad en relación a la apariencia. La ciencia, y en general el saber teórico, tiene como tarea añadir diferencias, no quitarlas. «Abstraer» es una mala descripción del pensar.

Las diferencias iniciales son todas superficiales, todas apariencias; y a la vez todas reales, todas verdaderas. Las diferencias científicas añaden —sin anularlas— a esas primeras diferencias iniciales otras diferencias nuevas, como la diferencia entre profundidad y superficialidad, entre realidad y apariencia, entre verdad y falsedad, entre principio y principiado, etc.

Sin diferencias no hay saber. No hay ninguna escalera que tirar, ni existe ningún lugar sin escalera. El saber humano siempre implica la articulación de las diferencias. Pero no todas las escaleras son iguales ni hay una única escalera sino que la ordenación de las diferencias es muy diversa y se realiza de distintas maneras. La dificultad justamente estriba en discernir unas diferencias de otras y en articularlas entre sí. Por ello, todo abandono en el escepticismo o en el misticismo es prematuro; y revela la incapacidad de seguir pensando las diferencias.

De las críticas realizadas a este libro hay dos que están equivocadas, al menos en cuanto a la intención del autor. Hubo quien consideró este libro como una muestra del entonces llamado «pensamiento postmoderno», esto es, una afirmación de las diferencias que conduce a la disolución de la razón. Por el contrario, *Diferencia y libertad* representa un intento de pensar la diferencia (en continuidad con la sugerencia heideggeriana) sin abandonar la razón. Es decir, trata de establecer la prioridad de la diferencia dentro del ámbito de la razón.

La fuente de inspiración en mi caso se encuentra en Aristóteles, y en su afirmación de las diferencias frente al platonismo del Uno consagrado después por el neoplatonismo. La crítica va dirigida al misticismo y nihilismo del Uno, pero la propuesta no apunta a la fragmentación de las diferencias ni supone una crítica de la razón. Por el contrario, se afirman las diferencias en tanto que imprescindibles para la continuidad del pensamiento.

También hubo quien interpretó el libro como la consagración de la libertad como primer principio. Es obvio por lo señalado en estas páginas

introdutorias que es una interpretación errónea. Si el saber no culmina en un saber sobre un primer principio, tampoco obviamente culminará en la afirmación de la libertad como primer principio. De modo general, afirmar que la libertad es principio no explica suficientemente la realidad de la libertad. Para explicar la libertad es preciso decir cuáles son las diferencias de la libertad, y eso es justamente uno de los objetivos del libro.

Las diferencias de la libertad son muy diversas. Quizá destacaría algunas de ellas a las que, con el paso de los años, he dedicado mayor atención. Por un lado, la diferencia de poderes. Si se acepta que la libertad es una forma de poder (de potencia, de capacidad), entonces el poder de la libertad se diferencia y se articula con otros muchos poderes. Dicho de otro modo, entre las diferencias de la libertad hay una diferencia esencial que es su diferencia con otros poderes. La diferencia de poderes resulta así central para la comprensión de la libertad y, más allá, para la comprensión general de la realidad.

Por otra parte el libro presta atención a la libertad como creación de sentido, pero omite que la libertad está ya previamente diferenciada con un sentido predeterminado. Quizá ésta es hoy mi principal crítica a este libro. Por decirlo así, cada libertad individual está ya inserta en la historia y en la naturaleza, por lo que su libertad se ejerce desde un origen ya configurado de antemano por un sentido determinado. La indiferencia de la libertad se realiza desde una previa diferencia de sentido. La libre creación de sentido presupone una previa diferencia de sentidos. Por eso, el juego de las libertades no es originario, sino que está inserto en una previa articulación diferenciada de sentidos.

En definitiva, al menos la diferencia de sentidos y la diferencia de poderes son diferencias que exigen ser presupuestas en toda explicación de la libertad y de la realidad.

15 de septiembre de 2008